

Marisa

José Ángel Cadelo

Tendríamos diez años:
ella era una flacucha que saltaba
desde ese trampolín
que construyó mi padre en el arroyo.

Jugábamos los niños con las piedras,
levantábamos presas imposibles
arrastrando los troncos más pesados,
colgábamos lianas de Tarzán...

Ellas tenían su orilla
de hierba y risa fresca, un hula hoop,
una mochila llena de abalorios
y ningún interés por nuestros pasatiempos.

Atardecía. La higuera
llenó de sombra el río,
y de murmullos. Una
culebra inofensiva

nadaba entre las rocas y, aterrados,
sacaban los turistas estivales
a sus hijos del agua: —¡Es venenosa!
—gritaban. Y Marisa,

que conocía todas las especies
de serpientes y sapos, agarraba el reptil
y lo metía en su cubo, presumiendo
de no tenerle miedo a casi nada;

con su piel blanquinosa, con sus pecas
y el bañador de estrellas
jamás alcanzaría a conocer
cuánto contribuyó
a que mi infancia fuese
la más feliz de todas las infancias.

Las 13:32 h.

José Ángel Cadelo

A veces, sin querer,
 conocemos un crimen terrible que quisiéramos
 olvidar enseguida por completo;
 un acto terrorista en una calle
 de tiendas y turistas satisfechos
 o, por ejemplo, un alud de esos,
 repentino y mortal, de lodo o nieve.
 Cuando leo noticias de este tipo
 pongo mucha atención a la hora exacta
 en que tuvo lugar el infortunio
 (las 13:32,
 hora peninsular, dice el periódico)
 y quiero averiguar qué estaba haciendo yo
 en el preciso instante, las 13:32,
 en que la adversidad
 pilló a esa pobre gente por sorpresa,
 y resulta, entonces, que me veo
 como un genuino imbécil paseando a mi perro
 en Punta San García,
 ajeno por completo a la desgracia
 o, lo que es aún peor,
 midiendo en un vasito, a las 13:32,
 mi ración de lentejas,
 incapaz de evitar ningún suceso
 ni escuchar un estruendo, como es lógico,
 a cuatro mil kilómetros.
 Y esa noticia atroz,
 que ya me resultaba inadmisibile
 y que me generaba desconsuelo,
 de pronto
 se vuelve de un absurdo insoportable
 porque, mientras la pólvora
 dejaba una avenida en Estambul
 sembrada de cadáveres,
 cristales, humo y pánico,
 yo probaba un sofrito en mi cocina
 complacido, en silencio, a la una y media larga.
 Y ya no puedo entonces hacer nada esa tarde
 (ni el puré de lentejas de los niños),
 tal es mi desabrida relación
 con la prensa y tal la atormentada
 condición del poeta.

Los astronautas

José Ángel Cadelo

También los astronautas
cuando, después de meses dando vueltas
en el silencio de su noche eterna,
descienden con torpeza la escalera
de su transbordador maravilloso
y, atónitos, descubren
(aún dentro de sus trajes del espacio)
que todo sigue estando en su lugar,
que permanece igual a como estaba
el día que despegaron,
se dan cuenta enseguida
de que el mundo ya es un poco menos
su mundo. Y, aunque no refieren nada
de esto a sus esposas (o esposos) ni a sus hijos
ni a ningún ingeniero de la NASA
(siempre con mangas cortas y corbata),
no hay más que ver sus ojos sorprendidos
sobre la concurrida pista de
Cabo Cañaveral. En adelante
tendrán que convivir
con ese desarraigo sideral,
con el alma sumida en la nostalgia
(los astronautas tienen el alma plateada)
frente al televisor con su familia
o ante los colegiales
del *Alphine International*, da igual,
posando en el Congreso
junto a los senadores como héroes
de las galaxias, pero,
sabiéndose, en el fondo,
un poco extraterrestres. Esa es
la condena que impone el Universo
(junto a la gloria humana con que tienen
derecho a envejecer) a los que osan
traspasar sus fronteras.

El último verano

José Ángel Cadelo

La luz ya era distinta a media tarde
y supimos, por eso, que septiembre
nos iba a revelar algún misterio.

La playa, somnolienta,
se llenó de botellas de plástico y de algas
putrefactas que nadie retiraba.

Unos veraneantes rezagados
recogían sus sillas, se abrigaban,
se despedían con besos...

Jugaba un correlimos en la orilla
a no ser alcanzado por la espuma.

Las olas, a un volumen superior
al que era de esperar por su tamaño,
derribaron el único castillo
que resistía en la arena:
quedó como el presagio de una cosa sombría.

En el aparcamiento prometimos
no dejar de enviarnos nunca cartas
y retomar aquello dentro de algunos años
cuando acabásemos bachillerato
cada uno en su país.

Sabías perfectamente (porque eras
algo mayor que yo y porque pude
leerlo en tus ojos afligidos)
que jamás volveríamos a vernos.
Y la playa, llena de desperdicios
y de aves, nos pareció infinita
la penúltima vez que la miramos.

Moríamos nosotros (como lo harían después
tantos otros proyectos fabulosos
que nunca terminaron
en un altar ni en ningún otro sitio).
Sin embargo,
a pesar de que hubo más veranos
de playa, con guitarras, Marlboro y cubalibres...

A pesar de las canas, las mudanzas,
las dioptrías, las corbatas
y de esta desabrida realidad
a la que no he podido
evitar que me conduzcan los trienios...
A pesar de la lluvia,
que no ha dejado nunca de caer,
cada verso que escribo todavía
conserva el aroma casi intacto
a petunias de Honfleur de tu melena
y, lo que es aún peor, los aeropuertos
por los que paso siguen impregnados
de la desoladora
tristeza que habitaba en tus ojos
la aciaga tarde en que decías au voir
y lanzabas mil besos
camino de la puerta de embarque, con tus padres,
aquella tarde amarga
que se llevó el verano, aquella tarde negra
en que acabó lo nuestro.

